

F. Benigno, *Revoluciones. Entre historia e historiografía*, Madrid, UAM Ediciones, 2023, 262 pp.

Ivan Gracia-Arnau
Universitat de Barcelona  

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.98373>

Revoluciones. Entre historia e historiografía (UAM Ediciones, 2023), de Francesco Benigno, es una invitación a pensar las revoluciones desde la complejidad que entraña el conflicto político y una apuesta por ensanchar los límites de un concepto, el de revolución, que a menudo ha sido objeto de simplificaciones ideológicamente sesgadas. Publicado originalmente en italiano como *Rivoluzioni. Tra storia e storiografia* y traducido al castellano por Pablo Sánchez León, este libro supone una importante contribución a los estudios de las revoluciones llevado a cabo a partir de la lectura crítica de algunas de las principales aportaciones que la historiografía ha realizado durante las primeras dos décadas del siglo XXI. El lector no debe esperar, sin embargo, una actualización de su *Espejos de la revolución*, puesto que los momentos revolucionarios analizados en este libro (todos ellos europeos) trascienden la época moderna y alcanzan la Revolución soviética (1917).

La conveniencia de escribir este libro deriva de la pérdida de interés público que está viviendo actualmente la idea de revolución. En las últimas tres décadas hemos transitado de una época marcada por el optimismo en la que la revolución era considerada el acontecimiento por excelencia del progreso social (modernidad), a un tiempo, el actual, atravesado por el pesimismo, en el que el futuro no parece ya ser indefectiblemente mejor que el presente y en el que se ha perdido el interés y la pasión por las revoluciones (posmodernidad o sociedad líquida). Hemos asistido a la muerte de las utopías, y con ella, al eclipse de la revolución. La tesis que sostiene el autor es que en el tránsito entre estas dos épocas el concepto de revolución ha experimentado un proceso de distensión ideológica que, y aquí subyace la propuesta principal del libro (p. 46), no debe ser desaprovechado por los historiadores. En la actualidad, las revoluciones ya no son el campo de batalla de las historiografías liberal y marxista. Tampoco lo son ya para los revisionismos. Es precisamente ahora, que la revolución ha sido despojada del manto sagrado y que ya no hay escuelas historiográficas mitificando o denostando aquellos acontecimientos, que los historiadores deberían poder acercarse a ellos de manera más libre. Cómo hacerlo es de lo que trata este libro.

En gran medida, la obra consiste en un análisis crítico de la historiografía reciente sobre las revoluciones. La conclusión alcanzada por el autor es que pensar hoy las revoluciones es hacerlo (i) poniendo en el centro de reflexión las emociones, que, recuerda, no solo fueron experimentadas, sino también provocadas; (ii) atendiendo a la traumática experiencia de la violencia; (iii) atribuyendo a los discursos la centralidad en la explicación de los conflictos políticos; y (iv) desde la espacialidad, es decir, desde una perspectiva globalmente conectada (aspecto, este cuarto, bastante orillado en el conjunto del libro). Dicho de otro modo, pensar hoy las revoluciones ya no consiste en identificar sus causas socioeconómicas, sino en reconstruir la subjetividad de los agentes históricos implicados en los conflictos políticos. En estos cuatro prometedores campos de estudio, sin embargo, se ha experimentado, advierte el autor, “un rechazo común a considerar las revoluciones como acontecimientos plenamente políticos” (p. 28).

Esta crítica se ejemplifica de manera muy elocuente en el tercer capítulo, dedicado a la Revolución francesa. En este capítulo, el autor pone en valor la propuesta psicológica de Timothy Tackett, quien explica el Terror como la respuesta emocional de la élite revolucionaria y su miedo a las conspiraciones; critica la filosófica y, a su juicio, partidista y teleológica historia de la Revolución sugerida por Jonathan Israel; y comenta, por fin, la invitación antropológica de Haim Burstin a recuperar la experiencia popular desde una suerte de “observación participante”. Sin embargo, las tres propuestas tienen en común, señala el autor (pp. 159-160), que eluden analizar la estructura de la política revolucionaria, que bien podría incluir emociones, ideas y experiencias (tres perspectivas que, ciertamente, despiertan el interés actual) en un abordaje integral que considerase los nuevos equilibrios políticos a los que tuvo que enfrentarse la democracia representativa francesa a partir de 1789.

Por ello, el autor propone tres campos de estudio que recogen las cuatro tendencias historiográficas actuales y que, al mismo tiempo, pueden ser fructuosos para guiar el debate actual sobre las revoluciones en tanto que fases de transformación de la política (pp. 29-32), a saber: (i) entender la revolución

como el semillero de nuevas identidades políticas, inéditas hasta entonces, forjadas como resultado de una salida a una crisis; (ii) abundar en las formas de la política revolucionaria: gestión del orden público, organización de la contestación, represión de complots, manipulación de las masas, etcétera; e (iii) interrogarse por la construcción del imaginario colectivo y la disputa por los recursos simbólicos, especialmente, por las luchas por el control de la memoria durante las revoluciones.

Como se adivina, la Revolución francesa ocupa un lugar especial en este libro. El profundo impacto que tuvo en la historia, en minúsculas, pero, también, en la Historia, en mayúsculas, la convirtió en el “modelo de las revoluciones del provenir y, al mismo tiempo, de un esquema fundamental de explicación de las revoluciones pasadas” (p. 41). Esto ha implicado que, por defecto, experiencias revolucionarias previas a la francesa hayan sido consideradas por la historiografía como precedentes incompletos o fracasados, insuficientes para alcanzar la categoría de revolución. La apuesta del autor es por ensanchar el concepto, es decir, introducir bajo su amparo múltiples formas de conflicto político hasta ahora relegadas a la categoría de revueltas, golpes de estado, rebeliones y conspiraciones. Romper esta jerarquización de los conflictos históricos y abordar las revoluciones de manera menos constreñida, como “periodos de cambios en los esquemas del poder” (p. 42).

Por el camino, desterrar, por ejemplo, dicotomías poco fértiles como la que oponía la conjura –política y minoritaria– a la conmoción –social y multitudinaria– como dos formas antagónicas de comprender los conflictos y que solo en su confluencia podían dar lugar a las revoluciones; e incorporar, por contra, perspectivas ubérrimas como la facciosa, tema al que dedica buena parte del segundo capítulo. El autor lo pone en práctica a partir de un caso de estudio, el de la revolución de Masaniello (1647), que la historiografía ha tendido a interpretar, grosso modo, o bien como una insurrección premeditada y organizada por una burguesía dotada de ideas modernizadoras, o bien como un episodio de violencia espontánea y sin objetivos políticos. Considerar nuevamente las luchas de facciones durante las revoluciones permitiría desbaratar dicha oposición al reconsiderar las jerarquías sociales propias de la época y la capacidad de influencia y movilización que tenía la aristocracia. Comprender las revoluciones desde la dinámica clientelar permitiría, en palabras del autor, “tomar más seriamente en consideración el punto de vista de los contemporáneos” (p. 79). Pero no solo eso, sino que, además, reintroducir esta perspectiva ayudaría asimismo a entender las revoluciones como fenómenos que trascendían la mera oposición ideológica. En ocasiones, señala el autor, atender a las facciones nos puede demostrar que, durante las revoluciones, los bandos no siempre estaban históricamente prefijados y que estos podían no corresponderse con las dinámicas clientelares que, en un inicio, habían hecho estallar la revolución (p. 83).

Esta crítica que el autor dirige hacia las miradas teleológicas es algo que atraviesa el libro. Se trata de lecturas del pasado que fijan la atención en los protagonistas de un guion ya escrito, generalmente movilizados por discursos impermeables a sus coyunturas e imperturbables al avance del tiempo.

Interpretaciones que desatienden los *twists and plots* y que soslayan todo aquello que se aparta del guion. El autor formula estas consideraciones, por ejemplo, y como se ha señalado previamente, respecto la obra de Israel, para quien existió una élite revolucionaria empapada por los ideales más radicales de la Ilustración y netamente republicana ya desde las vísperas de la convocatoria de los Estados Generales (pp. 127-128). Una crítica parecida formula a la sugerente e innovadora propuesta de Alberto Mario Banti sobre el Risorgimento, tema al que el autor dedica el capítulo cuatro por completo. Banti, lejos de ubicarlas en los desajustes socioeconómicos o políticos que sufría la sociedad italiana, argumenta que estas debían encontrarse en la conformación de un discurso romántico-nacional capaz de forjar una élite de patriotas que, desde inicios del XIX, habría tenido como misión unificar políticamente la nación italiana, desatendiendo, señala Benigno, el hibridismo identitario de muchas de aquellas personalidades (pp. 177-178).

El autor también identifica un guion, en este caso, con un marcado carácter ideológico, en la última obra de François Furet, dedicada a explicar la fascinación de la intelectualidad europea de mediados del siglo XX por el comunismo estalinista. El desengaño que, entre tantos otros comunistas, también experimentó Furet tras los hechos de Hungría (1954), le lleva a realizar, a juicio del autor, una serie de desatinadas apreciaciones que demuestran la existencia de este guion ideológico según el cual la democracia liberal estaba predestinada a prevalecer ante las pasiones antiburguesas que significaron las experiencias comunista y nazifascista. Ya fuese como patología del universal (comunismo), o como patología del particular (nazifascismo), ambas reacciones fueron, para Furet, igualmente revolucionarias, se nutrieron de las mismas pasiones políticas y se retroalimentaron entre sí. Benigno, sin embargo, impugna esta asimétrica equiparación que, como vemos, se fundamenta en abolir de la ecuación los intereses de clase y substituirlos por las pasiones de las masas y, sobre todo, en explicar el “misterio” del siglo XX desde un profundo idealismo, según el cual el nacimiento de los dos monstruosos totalitarismos no podría entenderse a partir de las leyes del materialismo histórico (estructura-superestructura), operativas, según Furet, para comprender otros momentos del pasado, sino únicamente como el resultado de la obediencia ciega de la población a los dictámenes ideológicos. Una alternativa radicalmente opuesta a la perspectiva marxista de la historia que, para Benigno, aunque surgida desde una crítica comprensible, resulta inadecuada para pensar el siglo XX, por reduccionista y simplificadora (pp. 237-239).

Desde la apología por complejizar los conflictos, el autor llama la atención de un olvido: la tradición anarquista. Es la crítica que hace al libro de Enzo Traverso, dedicado a historiar (cómo no) una emoción, un estado de ánimo: la melancolía de izquierda y la pérdida del éxtasis revolucionario. Pero la melancolía historiada por Traverso, señala el autor (pp. 255-257), es solo la de unos perdedores en particular, la de los socialistas marxistas, obviando que existió y existe una pluralidad de tradiciones vencidas por el capitalismo, y, a veces, e invocando oportunamente la Barcelona de 1937, aniquiladas por disparos procedentes de la misma trinchera.

Por último, como no podía ser de otra forma, y desde el compromiso por no caer en simplificaciones, el autor de *Las palabras del tiempo* ofrece algunas reflexiones acerca del uso de algunos conceptos, como, por ejemplo, “burguesía”, empleado por Furet, a su juicio, de un modo “a un tiempo extremadamente general e hipostasiado (p. 219); la noción de “interés”, tradicional y erróneamente entendida como una realidad externa y dada, a la cual dedica unas páginas en su comentario a la obra de Agostino Bistarelli sobre los exiliados italianos durante el Risorgimento (pp. 189-190); o “proletariado”, utilizado junto con “pueblo” por Michèle Riot-Sarcey en su estudio sobre la revolución parisina de 1848 (pp. 245-248), una propuesta que, sea dicho de paso, trata

de recuperar las alternativas radicales francesas al socialismo marxista obviando, de nuevo, la tradición anarquista (pp. 252-263).

En definitiva, *Revolución. Entre historia e historiografía* pone en diálogo diferentes momentos revolucionarios de la historia europea de los últimos cuatro siglos con la historiografía publicada en las últimas dos décadas. La obra constituye una excelente radiografía del estado actual de este campo de estudio y apunta, al mismo tiempo, posibles líneas de investigación que, hoy, en una era en la que la revolución parece haberse disuelto del imaginario colectivo, pueden resultar fecundas para que los historiadores continúen interrogando estos decisivos momentos del pasado.